



En esa delgada separación

Silvia Eugenia Castellero



colección **ficción**
Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

EN ESA DELGADA SEPARACIÓN



colección ficción

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sara Ladrón de Guevara	RECTORA
María Magdalena Hernández Alarcón	SECRETARIA ACADÉMICA
Salvador Tapia Spinoso	SECRETARIO DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS
Octavio Ochoa Contreras	SECRETARIO DE DESARROLLO INSTITUCIONAL
Édgar García Valencia	DIRECTOR EDITORIAL

•

EN ESA

DELGADA

SEPARACIÓN

SILVIA EUGENIA CASTILLERO


ANIVERSARIO
Universidad Veracruzana
1944-2019


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Diseño de la colección: Aída Pozos Villanueva
Maquetación de forros: Jorge Cerón R.
Imagen de portada: fragmento de *Bandera*, de Antonio Ramírez,
óleo sobre tela, 140 x 180 cm

Clasificación LC: PQ7298.I3 A7685 E5 2019
Clasif. Dewey: M861.44
Autor: Castellero, Silvia Eugenia, 1963-
Título: En esa delgada separación / Silvia Eugenia Castellero.
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2019.
Descripción física: 83 páginas ; 21 cm.
Serie: (Colección Ficción)
ISBN: 9786075027319
Materia: Poesía mexicana--Siglo XX

DGBUV 2018/03

Primera edición, 27 de febrero de 2019

D. R. © Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Hidalgo núm. 9, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97
direccioneditorial@uv.mx
Tel./fax (01228) 8185980; 8181388

ISBN: 978-607-502-731-9

La publicación de este libro se financió con recursos del PFCE.

Este libro se escribió con apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Impreso en México / Printed in Mexico

*Para José María Uruñuela,
por quien he cruzado las fronteras.*

PRIMERAS MORADAS: VIAJE

1.

La milpa gotea,
hojas largas y filosas guillotinan
los cuerpos caídos.
Los vi rodar hacia el campo
sobre el paisaje. Salpicaban.
No hay pueblo, solo migrantes;
la gente viene a venderles comida
sillas, baños; les venden sueños
hasta que los desgranar.
Y los dejan en las milpas.
Colgados.
En el interior de la planta
algo se asfixia, un gusano
se la come por dentro y la deforma
hasta parecer un arbusto espinoso.

2.

Cien sombras van y vienen a lo largo de las vías,
la incertidumbre también es negra igual que la noche;
cien siluetas listas para ganarle a las demás
sin equivocarse en elegir el carro varado;
trepar por las escaleras laterales hasta el techo,
ganar un pedazo de parrilla, aferrarse a ella
durante el recorrido de seis horas de Ixtepec a Medias Aguas
y no caer en esa trituradora de las ruedas de acero.
Sombras entre las que pueden ir también los piratas de los caminos
que asaltan ahí mismo en la intemperie.

3.

Una calle de tierra
extendida a lo largo de las vías.
En Medias Aguas,
antes de que La Bestia se estacione
—ya entrado el amanecer—
una multitud hormiguea, salta del tren
para alcanzar una parcela con pasto,
una sombra bajo los árboles
o un abrevadero.

4.

Troncos y varillas en sus manos alargan la madrugada.
Cara de guerreros, dedos como poleas
se enlazan al techo del tren.
Irán lejos a toparse con el norte.
Las manos giran como ejes de maquinaria,
juntas todas se confunden:
tornillos, engranes,
los cuerpos se amalgaman
atados al metal.
Brazos y piernas pierden el quicio,
comienzan a caer.
Torsos y cabezas.
Y los campos.

5.

Colosal,
de corrientes malignas corroe,
me avanza y caigo, el viento;
quedo pegado a ese mismo aire,
me trae hacia un vacío que succiona
hasta que estoy dentro de las vías,
el aire se vuelve ruido y velocidad.
Si cabeceas caes.
Solo lleva cajones sin parrillas –el tren–
cajas rectangulares con una barra de acero
en donde vamos crucificados.
Si caes, tus tímpanos revientan
zumbido, vértigo, sordera.
Luego el rostro se contrae
y los sueños de la inconsciencia te vuelven héroe,
mientras despiertas en el monte
con un cuerpo desaparecido.

6.

Verse a sí misma rodar sin cuerpo,
la noche afilada corta su miedo;
áspero el techo del tren
chilla con gritos de mujer,
gritos largos y agudos.
En medio de los cerros
se despeña su esperanza de llegar.
Se despeña –fría– su cabeza.

7.

Círculos iluminados sobre los techos
es la señal de que vienen los piratas.
Las linternas se acercan,
el ruido del golpe metálico del tren
no te deja ver bien, la luz te ciega
y una pistola aparece para quitártelo todo.
Son rancheros que viven cerca de las vías,
y si te niegas te tiran al filo del gusano
que cercena.
Círculos –dice Saúl al fumarse un cigarrillo–
y los ciegos corremos, empujamos, saltamos,
nos resignamos; morimos.

SEGUNDAS MORADAS: PEREGRINAJE

1.

Desdoblas el pantalón,
abres cajones
buscas, lloras, gritas,
encuentras la camisa que llevaba
cuando / entonces.
La planchas.
Cruzaste el océano para llegar a mi armario
abrirlo sin espiarme,
metes tus manos entre mi ropa
no quieres herir mi intimidad.
Buscas, tocas, el olor, la textura
vuelves a planchar el saco que más me gustaba,
encuentras las llaves
no quieres registrar
invades, lees, lloras, gritas,
me vistes con la mejor indumentaria.
Vuelves a buscar,
me planchas el corazón,
me doblas las manos
flexionas mis piernas,
te quiero hablar de mis huesos fríos
de cómo crucé hasta medio río Bravo.

Sigues abriendo cajones
ahora maquillas mis ojos
llegué a la orilla –créeme–
vi tu rostro cuando me anegaba
te llamé pero tú ya no estabas,
los casquillos entraron ahí mismo
donde ahora cubres mi piel amoratada.
Son agujas tus lágrimas
caen en este pozo,
será el invierno.

2.

Salvadoreña, guatemalteca, hondureña, quince años,
ven a trabajar de mesera, ven conmigo, confía.

Pasan dieciséis, veinte años.

En la media hora de sexo ellos son los dueños,
a veces te insultan, otras te patean.

Efecto espiral,

me prostituyeron con engaños y ahora yo engaño.

Efecto espiral, un espejo refleja el tiempo

caracol y ermitaño,

la vida paralizada mientras pasan los días iguales.

Calipso está a reventar,

la rocola toca música pop, tres de la tarde,

hombres gordos y espesos

van llegando a montones,

luego los burócratas,

más tarde los obreros.

3.

Aquí sentimos alivio.
El miedo no entra ni sale,
se queda en las paredes
gruesas de la iglesia.
Por las ventanas altas se ve
—abajo sobre el valle—
el escondite de la serpiente
lugar escabroso
como estar en las fauces del veneno.
Calles empolvadas,
cortadas a la mitad por una carretera
y la vía del tren por su columna vertebral.
Tiroteos;
los secuestros se traslucen
en la cara de la gente.
Las casas serpean contiguas
como criaderos de maldad.

4.

El primer hueco en los montes,
el vacío sin saber dónde termina
¿es la muerte?

Van pasando como ácaros sobre montículos de nada
ciegos taladrando piedra sobre piedra,
cerro sobre cerro.

Cruzan por el único hueco en toda la frontera,
en esa fisura, ¿montaña, tierra, patria?
donde se concentra el desperdicio,
lo intransitable, la anulación;
donde ya no hay escobas, ni arañas, ni élitros.
Siento pisadas sobre mis ojos
me queda solo media cara,
alguien hunde sus pies
me roba las pupilas.

5.

Entre Veracruz y Tabasco
crece la grieta donde se hunden los cuerpos macheteados.
Dicen que son salvadoreños;
huelen a hollín y orines:
óxido de las vías del tren y el hierro de la sangre.

Entre selva y selva
la línea que domina el Puma;
el derecho a matar solo se tiene en el intersticio,
en el paso sin huellas del migrante
para no ser visto y huir en la noche.
Los polizones van acompañados
de los verdes oscuros sin dejar huellas.
Entre selva y selva
domina el sonido a herrumbre,
viejas vías de tren oxidadas.
Salvadoreños macheteados a medio camino,
asaltados por gente del Puma que domina la línea
a balazos o a cuchilladas, igual se entierran en esa delgada

separación entre Veracruz y Tabasco,
acechados por las armas entre los verdes múltiples:
selva con selva guarece al Puma, solo él y sus hombres
cazan, solo ellos suben al tren y lo desmantelan.
Exuberancia contra muerte.

6.

Arriba uno tras otro los plátanos cuelgan
entre hojas verdes y amplias,
abajo
en una cueva del inframundo
la piedra se calienta,
una a una nos violan sobre esa piedra dura.

En La Arroquera alta, detrás de los cerros
los coyotes dejan a sus presas en la terracería
larga, larga, interminable, para que lleguen por nosotras
El Chayote, La Rana o El Calambres.

7.

Desde el sur hasta el norte merodean animales
repartidos por el desierto, son coyotes,
¿los miras? Juntan borregos para llevarlos al río.
De sur a norte cruzan la línea fantasmal.
Un sueño que viene del estómago y revienta en la cabeza.
Los zopilotes también emigran, van tras las vísceras sueltas,
el estiércol de los ranchos entre gallinas, pollos
y vacas. La línea, muro, muerte y tantos coyotes esparcidos,
hombres y mujeres aborregados, alineados a las vías
por donde aparecerá la otra bestia, con su silbido de hierro
y sus navajas, la poderosa velocidad para llegar al norte.
Salir del sur, escarbar del aliento bilis y llanto,
el calor opresivo, el olor a cadáver.
Míralo cómo viene en el techo del tren el diablo
con su cara hinchada, verde y púrpura,
míralo cómo rocía agua bendita y esparce cempasúchiles
sobre los campos.
Tras la reja de alambre del patio quedan las niñas
y las huellas de coyotes, borregos y buitres;
en el aire todavía las miradas infantiles
y su miedo revuelto con fiebre.
Un gato cruza como ataúd.

TERCERAS MORADAS: ESCONDITE

1.

En el cementerio municipal de Huixtla
cae la tarde, el viejo enterrador saca la lengua
para ilustrar el cuerpo que salió del cuerpo
de la mujer guatemalteca.

Con la boca llena de tierra y puñados de zacate y hojas secas
la encontraron, los ojos bien abiertos, el pelo arrancado.

Caminaba por unos rieles en desuso tras los montes,
y la dejaron con las piernas abiertas en la breña crecida

[entre escombros.

Orlando el enterrador saca la lengua –larguísima– y relata:
tenía su propia blusa atravesada en la garganta,
al extraerla salieron los otros cuerpos.

Eran gemelos,

dice una pequeña cruz púrpura casi flor
al contacto con los rayos del sol muriente.

2.

Las mujeres vivimos pegadas a las paredes
flotando pálidas,
las faldas ahuecadas por las sombras.
Lavamos la blancura para que suelte sémola
y en el invierno se ponga gris y áspera;
de mañana los cántaros vacíos
nos acompañan a la cañada por el agua,
vamos con la blusa fruncida para cubrir los senos,
el vientre hinchado ya no tiene levadura
sino rencores crecidos.

Hay un hombre que viene todos los días,
se agazapa detrás de las ventanas, debajo de la mesa
y en las noches de lluvia entra en mi cama,
va tejiéndome hoyos en mis medias de lana,
flores en mi delantal liso, sus dedos se alargan
cada vez hasta tocar mis talones.

El bigote le crece y llena de suspiros la casa,
pero al amanecer tiene la cabeza cortada
y dentro una vela para alumbrar el hueco
de sus ojos ausentes.

3.

Fui a Tecate con el patio trasero en mis uñas,
treinta años frente al muro
—frente al mar de Tijuana—
Mi cabeza ya no cabe entre barrotes,
treinta años en la banca. Vine a Tecate para subirme
a un burro lleno de droga, vine con el patio trasero
que he cargado desde que salí de Oaxaca.
En ese patio tengo encerrados treinta años.
Veo a diario los grandes edificios al amanecer,
cuando la tarde los va oscureciendo hasta ser solo siluetas.
El muro crece cada día, cada hora, en cada sueño
es más largo y altísimo. Dicen que Tecate es un resquicio
libre de muros, vine para hundirme en los repliegues
de las montañas como animal de carga.

4.

Santiago Ixcuintepéc.
Sombras de hombres enjutos,
huaraches de caucho:
nos prometen frijoles,
cama, baño.
Todos mienten,
quieren robarnos esperanzas,
dólares,
quieren quitarnos nuestra propia huida
a los que vamos en medio de la bruma.
El camión
bordea precipicios, corta cerros de piedra.

5.

Sigilosos y anónimos los pasos
como de yeso,
peregrinos de cara encubierta.
En Tenosique la gente lleva fruncida la cara
—es el miedo.
Las calles y la manera como se anda en ellas
—un escenario.
Niños, taxistas, abogados, vendedores,
¿quién es quién?
todos tienen en el rictus una máscara
para que las balas no los reconozcan
ni la sangre se desparrame como trazo al óleo.

6.

En tercera persona el tono de la trata
con voces de todas y de nadie,
la misma historia en cuerpos diferentes:
autobiografías de la comunidad.
Serás mesera y ganarás bien,
ilusionadas –siempre una vida mejor–
acceden a partir.
No huyen, solo sueñan,
pero al llegar –de tajo–
quedan encerradas para siempre
en una casa esperando a los clientes.
Érika baila y las demás ríen, gritan,
luego lloran a escondidas
porque tampoco se nos permite sentir.

7.

Cincuenta metros de largo por veinte de ancho,
treintaicinco mesas blancas
veinticinco muchachas.

Cemento.

En el centro botanero cada ficha
equivale a una cerveza
para la mujer que te acompaña
y a sesentaicinco pesos al final de la noche.

Calipso: esa franja pacífica
entre México y Guatemala; ahí te retienen
con bailes, camas eternas, alcohol;
los cuerpos innumerables son ocupados
y desocupados, y Calipso crece
magas de mil piernas.

Vienen del secuestro
aunque hoy ríen de los hombres que anoche no atinaban
de borrachos a tocarles las nalgas.

CUARTAS MORADAS: ESPERANZA

1.

Hay orejas sembradas en la tierra,
el cielo rojizo calla, todo se oye;
nadie puede hablar en el pueblo.
Si eres peregrino baja la cabeza,
distráe a los hombres de las esquinas.
Callen a esa niña, recorran las ventanas
es el momento de bajar y correr
sin respirar, si nos oyen nos secuestran;
no orines, no pises, no te muevas.
Ese anciano chimuelo se retuerce,
gime en voz alta, entiérrenlo vivo.
Los perros también se fueron;
es un pueblo lleno de orejas.
Y de buitres esperando la muerte.

2.

Pitbull camina por la cuerda.
Lo veo pasar una y otra vez sin caer;
de El Salvador a Tapachula
de rascar muros a mover cajas en el mercado
de robar carteras a la prisión para menores
de estar tieso y temeroso y entregar sus tenis y bermudas
a volverse pandillero con lágrimas negras tatuadas en el rostro
y gotas de la muerte en la parte interna del labio inferior;
de ser un pollo pelado a vender mariguana y coca.
Pitbull con su rostro de luna redonda
balancea su cuerpo de lado a lado
y mira de reojo.

3.

La inmensidad de 45 kilómetros a pie
vuelve apocalíptica esta zona verde
llena de caminos inventados por los migrantes,
el adentro espeso y turbio a pesar de lo natural,
la inminente aparición del revólver o el machete
tras los matorrales o bajo árboles frondosos.
Y el afuera de la carretera
con sus combis que deben detenerse antes del retén.
De la zona alta a la baja el paisaje cambia,
del verdor se pasa a piedras sueltas
y después al multicolor basurero al aire libre.

4.

Luz de faros,
remolinos de mariposas nocturnas
acompañan el viaje de los tres hermanos.
De regreso al sur desandan montañas
y caminos escondidos;
migrantes a la inversa para ver cómo
le cae tierra a la caja donde yace doña Silvia.
[Dos balazos: a tu madre la mataron los sicarios.]
La muerte despliega en abanico:
primero trae rabia y preguntas,
luego un intermitente conformismo.
Al final la seca tristeza.

5.

Somos cinco, éramos diez
¿te fijaste que volamos muy bajo?
El cielo no nos pertenece,
solo unos ojos de agua en el desierto.
Allá se ve Texas en el horizonte,
en el muro, en el ángulo del sueño.
Pero vamos a aterrizar en Chihuahua
cerca de Juárez, dicen que ahí matan los fantasmas.
La avioneta casi bordea los cactus,
vemos nidos de serpientes.
Dicen que en Juárez los asesinos
andan por las calles en forma de víboras.
Que tenemos que cruzar la frontera por tierra,
en el lomo de un coyote.
Y volvernos a elevar en las fauces de los buitres.
Nunca supe lo que era volar,
como terrones vamos a caer en un panteón
lleno de mujeres de negro, escuálidas, sin enaguas,
de negro como cuervos, de negro sin cara.
Quisiera seguir volando
sin reptar nunca,
ir desde las nubes hasta ese hilo de sueño.

6.

La calle no tiene salida,
voy de los basureros a la limosna;
nacen de mí unos gemelos sobre la terracería.

Los antros se suceden en este fragmento de ciudad llamada Calipso.

Nunca tuve familia, mi madre me regaló a una señora
[que me golpeaba.

Baila como si su cuerpo fuera irreal.

Después su hijo me violó desde los ocho años,
abandoné a mis niños y llegué a esta tierra de nadie.

Los hombres la buscan en la casa de huéspedes donde los atiende.

7.

Sentimos lo irregular de la selva
más allá de nuestros ojos,
lo irregular de la selva
y su vaho como un aliento de infierno.
Somos garrapatas sobre un lomo metálico,
lombriz, gusano, culebra o víbora,
sentimos las cumbres y depresiones de la montaña.
Como garrapatas nos aferramos
a las parrillas circulares de la piel fría del tren,
cuatro, seis horas, para no caer del techo.
Luego bajar y quedar bocabajo
hasta la señal del otro tren.
Mientras,
lo irregular de la selva metido en nuestros ojos;
lianas con su látigo ocre,
orquídeas sedosas,
pasionarias, pasiflora quebrada
en pliegues sobre el suelo;
cientos de objetos revolotean como
pájaros,

y la bromelia con un sueño luminoso
en su flor única.

Sentimos lo irregular de la selva,
su vaho de infierno, cerca, muy cerca:
los coyotes y los zetas nos van a devorar.

QUINTAS MORADAS: DESENGAÑO

1.

Cada vez más rojizas las mazorcas,
un muñeco de fieltro cuelga de hojas de maíz,
las niñas juegan a las escondidas
y van desmantelando al espantapájaros.
Se queda sin boca, luego tuerto,
le arrancan las orejas hasta quedar transparente.
Lleno de huecos como mi papá
cuando lo secuestraron.
Parece sangre lo que mana entre mazorcas
en pleno atardecer;
el muñeco ya sin nariz, no ve ni huele,
no puede gritar. Está muerto entre mucha más gente,
las niñas lo arrastran a donde están todos los cuerpos
que acaban de tirar unos señores con pistolas grandes.

2.

Mondas vacías
el incendio de la tarde
ese negro me persigue
ese blanco me tiñe de rojo la falda
es el crepúsculo en este trozo de tierra
me agujonea una lumbre
el vientre se hincha
la cara hierve
siento que las piernas me salen en el pecho
es el miedo crepitando en mi espalda
todo el maizal se quema
arde el pueblo entero
las mondas vacías
mi falda roja se propaga
hacia los árboles oscilantes
las ventanas quebradas caen
como tenazas punzantes
mis manos carbonizadas buscan agua

un sofocante fuego chilla encima de la paja
mi ahogo es grito y es temblor
la colina toda se retuerce en llamas
tus ojos penetrantes me dejan sin párpados
el incendio se propaga en el granero
a mi lado en la montaña solo mondas vacías.

3.

Llevo un ramo de crisantemos
y una diadema blanca en el cabello;
mamá lleva una corona de jazmines
y rosas blancas, las espinas le pinchan un dedo.
Mamá llora sobre los ojos hundidos de papá
dentro del cajón de madera
y los hoyos enormes en su cráneo.
La abuela lo preparó para que no se le vieran
pero ahí estarán en mi mente.
Mamá lleva medias negras y camina jorobada,
tiene una mirada de piedra, la sangre de sus dedos
cae sobre la cara de papá, sobre la imagen de la virgen
acompañándolo. Papá sonrío,
tal vez está entre las nubes ya sin huir,
papá sembraba la milpa y decía mentiras,
luego se escondía
hasta que volvía a salir y se perdía en el monte,
lo encontraban dormido, no hablaba, solo mentía.
Los crisantemos se deshojan,
los jazmines sueltan un olor a muerte, pero las gladiolas
del ramo de la abuela son más serias, ni aromas ni espinas.
Tampoco se entristecen.

4.

Parecen criaderos de espantapájaros los huertos
desde que caen cuerpos rasgados
y cuelgan como sábanas.

Parecen tiras enlazadas a los tallos,
los pájaros huyen oscureciendo el cielo
y chillando.

En la esquina aparece la bruja con el pelo muy rojo
y la hierba atragantada en la boca.

Es un grito abortado, silenciado en pleno dolor.

La bruja es morada, debieron de haberla asfixiado
antes de arrojarla del tren. Suspendida
se mece con el viento, a su lado las mazorcas
parecen mofarse de su desventura.

Cornejas se acercan a sacarle los ojos,
dos agujeros profundos
dejan ver su interior laberíntico;

luego los buitres se la comen
dejándole hilachos los huesos.

Es la mujer que aparece todas las noches
con un hacha tras las ventanas del pueblo.

5.

Los niños corren por la plaza llena
de un sol escandaloso, volcánico;
tonos tropicales en los muros,
artesanías, indios, vendimias;
bancas forjadas con ancianos en calma
y las hojas que tapizan el suelo.
Tres hombres se acercan, zigzaguean al caminar,
parecen no llevar ojos, a media plaza
buscan la huida, esperan una llamada, un signo
para esconderse de la intemperie,
convertirse en ciempiés para cavar la tierra
y andar por dentro hasta conquistar el norte.
El ciempiés como un bisturí rasga sobre la plaza
ofrendas de sacrificio: el nudo,
la garganta, el corazón. Y los seca.

6.

La gente dormita.
De pronto les toca las sienes el filo acerado de un machete.
Los polleros llevan sus criaderos
sobre el techo del tren.
Pollos gordos con las alas atrofiadas
son incapaces de moverse.
Un temblor se expande por la lámina.
En el cuello la vena principal es cada segundo más gruesa:
es el miedo: el cuchillo y la incisión se alarga,
se amplía: a borbotones la sangre
se vuelve negra al contacto con el aire.
La cabeza se niega a cerrar los ojos
como si buscara.
Del interior brotan olores de fango.

7.

Mi muñeca se cayó en un charco rojo
ese día del secuestro,
tenía hoyos en la cabeza
cuando corrimos y mamá desapareció.
Mi muñeca quedó boca arriba
con los ojos rotos
y dentro un agujero
con dos balas pegadas como plástico.
Siento escalofrío en mi piel,
vienen a cortarme las uñas
y me cortan la punta de los dedos.
Me hacen daño.
Mi muñeca me mira desde el vacío
de sus ojos azules.
Yo sigo mirando la mancha roja.

SEXTAS MORADAS: LAZOS

1.

Madera retorcida,
tan reseca en mis tendones tensos
y mis huesos sin carne.
El frío me recorre desde que entro,
sube por las baldosas
cubiertas de arena y aserrín;
en este cuarto
vestidos domingueros en el suelo.
Muebles maltrechos,
metales, basura, telas, uñas, cabellos.
Todo oscuro.
La muerte me habla
en susurrantes voces que vienen
—se me enfría la boca—
azulinas mis manos, nudosas
—se congelan los cartílagos—
llanuras de hielo.

2.

El sueño en estas noches de Coatzacoalcos
es corrosivo, apenas cierro los ojos
aparecen las serpientes ovilladas al pie de las literas.
Siento cómo el miedo reptaba hacia mi cama,
se hincha cada segundo hasta enrollarse
en mi cuello y vientre.
De cada sombra se desprende una víbora:
buscan mi sudor, mi aliento,
la piel pegada a la ropa.
Paralizada veo frente a mí
hombres atándome.

3.

Cuando llegué a Macuspana
todos tenían gris la mirada,
sin sol en su cara.
Vine a buscar a mi hija
que desde hace años huyó al norte en el tren de migrantes.
En el lugar terroso, en sus calles.
Las casas aledañas a la vía cierran sus ventanas,
no dejan puertas abiertas.
Ahí mismo camino. Veo formadas chicas iguales
esperando escuchar su nombre afuera de una gran casa.
Una por una entra y desaparece.
Escucho el nombre de mi hija, la veo entrar y a él seguirla.
De tajo llega el tren con piedras y tierra
y las chicas de fuera y dentro se pierden.
Al día siguiente aparecen otras.

4.

A la entrada
dos muchachas fantasmales
venden refrescos y vigilan.
Se llama Tenosique.
La gente lleva rosarios negros en sus ojos;
temen, amenazan
(la mitad tiembla y la otra es vigía).
Todos llevan la calle en sus palabras.
Las vías desembocan en el Hotel California.
El Señor de los Trenes dicta su destino
a los huéspedes reclutados:
morir, quedarse como parte de la tribu
o ser trasladados a otras zonas de secuestro.
El Señor de los Trenes
—con una Z tatuada en su cabeza a rapa—
esparce el miedo en rincones y casas y plazuelas.

5.

Tijuana y San Diego se tocan,
los separa
solo una valla metálica
hecha con desperdicios de guerra.
Miro San Diego tras de tanques destruidos,
helicópteros derribados, pedazos de convoyes
hechos añicos en la guerra del Golfo.
Cruzar la cerca es volver a enfrentarme
con Vietnam, sentir cómo los misiles destruyen
a cientos de soldados.
Cruzar es quedar atravesado por ametralladoras
y gritos.
Escucho las plegarias: veintidós mil metros de barrotes,
las quejas: cuatro metros de altura,
el miedo: medio millón de indocumentados
han quedado aquí con la cabeza en San Diego
y el cuerpo aterido en Tijuana.

6.

Tres disparos.
El hermano de Connie muerto a media calle,
la Mara Salvatrucha mata a quince niños.
Mi padre se emborracha y me acosa.
Rumbo a Tapachula,
en los prostíbulos bailo y canto.
Connie lleva veintitrés cervezas,
y ahora se ocupa en los cuartos de atrás.
La luz neón se enrarece a medida que la noche avanza,
y el Centro botanero se vacía;
cada hombre sigue la noche
con quienes antes bailaban.
Pero mañana me voy —sueña Connie—
mi novio me sacará mañana de aquí.
Años después
Connie sigue bailando arriba de las mesas
y luego se ocupa en el traspatio.

7.

El taxi se estacionó frente a la tienda
donde Los Chocolates bebían unas sodas;
ocho detonaciones, gritadera de niños.
Los Chocolates desparramados en el suelo
—treinta y seis y dieciocho años—
cara, pecho, piernas, agujerados por el metal.
El ocaso roto en esa fugacidad de la banqueta
donde los niños juegan.

SÉPTIMAS MORADAS: BALBUCEO

1.

Amarillenta la luna
iluminada por un océano glacial,
mientras La Bestia se convierte en gusano
y un poco más mansa atraviesa llanos casi desérticos.
Las voces de los desaparecidos empiezan a sentirse:
lloran sobre nosotros
—chirridos agudos—
acero contra acero.
Más tarde el gusano se vuelve a llenar de rabia,
es serpiente y curva, llega a parajes desolados
[a recargar cemento
y enfurece más. Un golpe seco.
El efecto dominó se extiende desde la cabeza
hasta los pies.
Comienzan a caer los que se duermen,
el camino queda tapizado de muñones.

2.

Desde hace ocho horas la vida pende del metal frío
del techo del tren,
la ropa es casi pura neblina,
ráfagas heladas de viento nos están convirtiendo
los dedos en hojalata
tiesos para apretar el tubo,
nos están convirtiendo en ánimas cruzando los campos de bruma,
las manos ya no tensan y dejan de asirse.

3.

Saúl se pone guantes
para resistir los temblores del tren,
de Medias Aguas a Tierra Blanca,
luego Orizaba y enseguida la cordillera de hielo.
Vimos crucifijos en la nieve
arcoíris sobre vómitos;
vi cómo se les congelaron los dedos
y cayeron.
Diez horas, dos días
sobre el lomo congelado de la máquina
bordeando cerros con nieve.
Luego túneles infinitos donde no puedo ver
mi mano frente a mis ojos. Son treinta y uno.
Y cinco los grados centígrados bajo cero.

4.

Niña que jugabas a encontrar a tu madre
y tomabas cualquier mano para no resbalar
niña esperando una migaja que cayera de la ventana
donde te encontré para llevarte al patio trasero
ahí te volviste enredadera y crecías cada tarde
después ya no quisiste mi ventana ni el fresno
preferías el auto a la ventana, el hotel al patio
y te fuiste yendo tan alta y suave
niña de uñas largas camino al cielo
no volviste a la ventana; no me diste tiempo
de regresarte al fresno antes de que la noche te tragara.

5.

Ojos de agua llenos hasta el borde
ojos de uno en uno
perdidos en el desierto.

Ojos sin lagrimales
sin contornos ni pestañas
ojos resistiendo la geografía,
pedregosa de pliegues y gargantas.

6.

Jadea el aire caliente,
arde mi carne escoriada,
un dolor hundido en la atmósfera:
entra por mis piernas abiertas
y deja entrar a la muerte.
Siento ganas de horadar con mi boca
el vientre de otras mujeres
agarradas como yo de un tubo
del que penden nuestros cuerpos, y hurgar
con mis manos hasta arrancarles el corazón.

7.

Empiezo a sentir las manos dar vueltas
a la galaxia.

Como si me hundiera dentro de un pantano,
un pozo de obsidiana y de presagios
me llena la cara.

Muerdo mi propia boca,
se llena mi vientre de hormigas y escarabajos.

Bajo la tierra me apuntalan mis lágrimas de zinc,
me amarillean.

Me ahogan.

EPÍLOGO

¿Y si en lugar de bocas detenidas
en pleno grito
estuviera lleno el campo de amapolas rojas?

Índice

Primeras moradas: viaje	9
Segundas moradas: peregrinaje	19
Terceras moradas: escondite	31
Cuartas moradas: esperanza	41
Quintas moradas: desengaño	51
Sextas moradas: lazos	61
Séptimas moradas: balbuceo	71
Epílogo	81

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana
la doctora Sara Ladrón de Guevara,
EN ESA DELGADA SEPARACIÓN de Silvia Eugenia Castellero
se terminó de imprimir en febrero de 2019 en
Litoprocess S. A. de C. V. Av. San Francisco Cuautlalpan núm. 102-A,
col. San Francisco Cuautlalpan, Naucalpan de Juárez, Estado de México,
CP 53569, tel. (55) 2122 5600.
La edición fue impresa en papel book cream de 60 g.
En su composición se usaron tipos ACaslon Pro y Gill Sans.
Cuidado de la edición: Nina Crangle.
Maquetación: Víctor Hugo Ocaña Hernández.

Irse o quedarse. Sobrevivir allá o morir aquí. En esa disyuntiva –en esa delgada separación entre las dos acciones– se erige este nuevo libro de poemas de Silvia Eugenia Castellero.

Irse o quedarse. De cualquier manera la muerte acecha a quien se va o a quien se queda, ya que el infierno latinoamericano no tiene límites en este futuro descompuesto en el que se ha convertido el siglo XXI.

Los migrantes, la Bestia, la vasta y acechante geografía de México y sus habitantes son los protagonistas de este doloroso viaje poético.

A la manera del *Castillo interior* de Santa Teresa, Silvia Eugenia Castellero hace un recorrido por su propias moradas, de las primeras a las séptimas, en busca de la iluminación que ayude al lector a entender la tragedia que se desarrolla de manera cotidiana frente a sus ojos.

Viaje, peregrinaje, escondite, esperanza, desengaño, lazos, balbuceo: el lector sigue al migrante en su camino, buscando que la poesía –convertida en oración exuberante y, al mismo tiempo, en rezo casi enmudecido por el horror– lo proteja.

VÍCTOR ORTIZ PARTIDA